

La helada Piel de las Botellas ★

NOCHE volvieron a encontrar en la calle Corrientes a Mario, Estalaba triste y consumido. No quiso decirle nada de su vida ni lo que le pasaba. Pero... Y a la vez secretos le pertenecían.

Supimos que había sido que Mario vivía con la polaca Olga Sicks, entre la lujuria, la amargura y la desesperación. Ella lo recogió en su casa querida por el capricio y la compasión. Lo encontró a las tres de la madrugada, por la calle Sarmiento. Llovía.

Desde ese día vivió en ella, como un animal, sin pensar en nada. La atmósfera cálida y perfumada, el cuerpo blanco de la polaca, el olor del polvo y de las especias, la carne satisfecha, la lujuria, la felicidad de la felicidad. Durante ese tiempo hubiera deseado morir. La muerte no hubiera sido para él una cota de la muerte y era cuando se sentía feliz.

—Morir con la felicidad en los ojos y la dicha en el corazón, decía.

Pero en el fondo oscuro y tempestuoso del alma sentía que el mundo, para él, era una cosa sin sentido, triste, vario y miserable, que la vida era una cosa que lo arrastraba como las corrientes del mar, unas veces las corrientes del golfo, otras las frías corrientes de las mareas polares, y a veces el mar tempestuoso vertiginoso que lo empujaba en su céntrico empuje, en su terrible torbellino, en su inevitable caída.

Cuando Olga estaba a su lado se sentía contento, como borracho de ensueño y fantasía. Era como un lento delirio, como un sueño de nervios, pero se sentía en su cuerpo en dolorosas torturas. Sentía la alegría de vivir en ese ambiente extraño en el que nada le pertenecía. Creía en otra vida, en alguna región desconocida le pertenecía. Creía en otra vida, en alguna región desconocida le pertenecía. Creía en otra vida, en alguna región desconocida le pertenecía.

Se desahogaba en el lecho y durante un sueño espeso y turbio, poblado de pesadillas, de delirantes visiones creadas por su imaginación febril.

Olga lo llamaba en esos momentos y le hablaba sus labios en la carne para calmarlo. Pero el ensueño era poderoso y nada podía vencerlo. Solaba que se cortaba un pequeño la corbata para probarse.

Se veía en la sala de Juan Mayen, perdida en las soledades, sola, en la sala de un hotel en Buenos Aires, mirando con ojos terribles las uvas que se deslizaron sobre la cortina dorada de los mirones. Se ve el mundo, pálido, ensangrentado, con ojos anhelantes y los labios descoloridos.

En un río de aluvión, un pajaro de cristal, donde de arena, Guano, habundante y negro, crecía sobre todas las cosas, sobre las paredes y los rostros, sobre las piedras y los cuerpos; molinos, molinos y vegetales temerosos y envenenados y en el fondo de todo, en lo más hondo, una enorme y blanca corola de leche sobre un monstruoso vaso de cristal. Le venía zumido, chirrido que corrían el sudor y le desahogaba en un letargo blando y tímido. Ve dientes que crecen las venas, clavos rasgando las pupilas, ve garras y uñas de saliva, sienes asqueando las vértebras y un leonardo negro que le lame el cerebro.

—Olga! —grita— y se refugia en sus brazos y reche un beso viscoso y calido.

Poco trabajo le costó a Olga Sicks desprenderse de Mario cuando se cansó de él.

Pero Mario tuvo suerte. Encontró en seguida una colocación en el Casino como ayudante de Tagara, un hombre melancólico que se hacía pasar por fútil de la tribu sagrada del Ganges.

Tagara encontró a Mario un aprendiz inteligente para sus trucos y pronto se hicieron amigos. Cuando Mario se retiraba a Tagara formando opin en su camarin su amistad se estrecho porque compungían un secreto.

—Todo es una peregrina —le decía Tagara en sus momentos de expansión y confianza. —Solamente pueden vivir los animales es el estereotipo... No sé, los que no encontramos en la vida un objeto... una finalidad que nos satisfaga, sólo me queda un camino... olvidar... vivir alejamente. Ve cualquier manera desde la confusión, para no pensar. Si pensamos estamos perdidos. Es una



fucha cruel... otros... Hay dolores espantosos en el recuerdo... —Qué hacer, ¿cómo escapar de los recuerdos?... —Tristeza... Y nada más... Y vivir triste en una ciudad, es como una cota de muerte que cubre el alma. Los que tienen un poco de amargura en cada célula, un gramo de desesperación en cada fibra, temen que habrán terriblemente contra la tristeza inevitable. Esto parece nada, parece tan poco, y sin embargo lo es todo para mí. Trabajo para conseguir esto... digo mostrando una sabiduría negra que garantiza en un tarro. Por eso trabajo solo.

harde para matarme y ahora es tarde... Tengo que vivir... Tengo miedo de morir y miedo de la triza.

Mario lo escuchaba con religioso silencio. Hacía tiempo que Tagara no encontraba a nadie que quisiera escucharlo.

—Sólo los lirios, los magos, la terrible verdad —prosigue—. Por eso descubrí el Futuro Estramundo, la hiena de la locura y la caída de la alegría. Lo único que hace vivir... y en todo hay tanta hiena... tanta lujuria. Primero la lluvia de oleo en una tierra misteriosa y extraña... Después la recolección por muchachos la caída de los pétalos y cuando la noche frangente crece, el juego que se condensa en nebulas ligramas. Aquí está —y mostró a Mario un pan de opio de color rojo y que despedía un olor acre.

—Es la alegría, la serenidad —añadió— de vivir tan contentos.



to, que todo luce feliz, respirar... el roce de la luz... todo...

—Pero dicen que a la larga, mata...

—Allí dan porquerías... No es opio. Lo fabrican... Tagara, tomando, aserri, clara de huevo, goma arábica, aceite de lin... mil cosas más... peregrinas.

Tagara lo interrumpió con un violento ademán: pero muy humilde, dentro negro y las encías sangrientas.

Mario no quería contrariarlo, pero se animó a decirle:

—Sin embargo, he leído que se vive en una atmósfera de terror, que se tienen visiones espantosas de cuerpos perdidos, trozos de seres, animales...

—Yo no, sólo la paz... Puede dormir, fiera que mata. Mentiras... Ya estaba siempre enfermo, triste. Estaba fatigado por ideas fijas. Hay soy otro. Vivo y viviré como si tal cosa... dicen que el lin, las convulsiones... ¿Que farsa!

—Me dijeron que viene un frío mortal y que un cardón encendido lo se agite sobre la piel.

—Nada, dicen, hablan... Hallan de la respiración alterada, del pulso anormal, del corazón que salta... Toca, toca, a ver si hay algo de cierto en todo eso.

Mario puso su mano sobre el corazón de Tagara. Sintió el contacto de una piel mojada y repugnante.

—En ese momento Buleto, el boudoir-mujer, terminaba su número. Se oyeron grandes aplausos.

—Como se divierte el público —dijo Mario.

—Público de idiotas! Necesita engañarse.

Se encendió una luz, se abrió una ventana.

—Ahora nosotros —dijo Tagara.

El opio. Tagara. El sufrimiento de no saber que hacer. Buenos Aires. Y caminar después horas y horas por las calles, sin esperanza.

Se vive. Se vive. Pero, de qué manera.

Se sufre. Pero llega la paz. Se gira entre el dolor, la miseria y la soledad, pero de pronto llega la alegría, el bienestar, la dicha compartida. Todo eso encontró Mario en la casa de Américo Rossi.

Américo Rossi tenía una quinta de verdura en la isla "La Fortuna" en el "Tigre". Vivía allí con sus dos hijos, Cristina, una y la otra María, una chica fina y amable que se pasaba todo el día llorando.

Buena gente. Mario trataba de no ser molesto y de ayudarse a todo lo posible. Al lado de Cristina se sentía animado por un sentimiento de pureza y felicidad que hasta entonces no había conocido. Cristina era sencilla y simple como el pan. Tenía una sonrisa que era como la presencia de la dicha.



que era un muchacho risueño y bueno, dió gracias a Dios, sinceramente.

—Le gustaba hablar con él. El le contaba su vida, sus fracasos, sus anhelos. Ella le enseñaba a conocer las plantas y las flores.

—Te quedarás allí mucho tiempo, verdad? —preguntaba Cristina, quien a veces veía pasar por los ojos de Mario una sombra.

—Si por mí fuera, me quedaría aquí toda la vida —contestaba Mario mirándola francamente en los ojos.

—Te gusta esto?...

—Esto, sí... mucho... pero hay algo que me gusta más, vos, Cristina... y sería hasta la casa sin fijarse en que aplataba los canchales recién sembrados.

—Y no tenía miedo?...

—Si todo era un truco ingenioso. Yo no sé cómo hay gente que juega puta ver esas cosas...

—Mira... ¿A qué se sabe cómo se llama esa flor? —le preguntaba Cristina.

—¿Eso? Yo creía que era un truco.

—No seas boricla. Es la pasionaria, la flor más linda que hay. Mira... ¿Tienes las llaves de la casa de Cristo?...

—¿Quieres que te enseñe a hacer las flores?...

—Mira, allí allí —le enseñaba Cristina entusiasmada—. Ese parajito... ¿Sabes cuál es?...

—Loro no es —decía Mario, fingiendo.

—Es el pajarito... Le llaman pájaro resultado porque cuando me enciendo y resaca en verano.

Y así los días. Y en las noches frías, cuando el perfume de esas plantas y árboles y frutas producía una fría y serena embriaguez se reunían los cuatro en el patio de tierra. Américo tocaba la guitarra y Cristina cantaba. Entonces Mario sentía tristeza. Se sentía perdido.

★

Llega la paz. Se sufre. Una noche en que Mario y Cristina se encontraron solos, Mario le dió un beso quemante en los labios. Fue así un momento. Cristina tuvo miedo y huyó. Una tarde volvió en los ojos de Mario un fulgor sangriento. La vida a ella y lo gritó:

—La pasionaria, me... Claves de Cristo... Llaga de Cristo. Un día, a la hora del almuerzo, empezó a delirar.

—La piel de las botellas... la piel de las botellas... —decía.

—Le pareció que la piel de las botellas se arrugaba como a las salamandras.

Al principio la locura fue mansa: hacía rodar las botellas y se perseguía creyendo que eran lagartos; más tarde la locura se tornó agresiva cuando trató de arrancar con sus uñas, largas y aúdas, los ojos de la cristiana enferma.

Una noche Cristina tuvo la suerte de que Mario la reconociera. Ella lloraba de alegría.

—Se salvará —decía— estoy segura... Se lo he pedido a Dios de rodillas.

—Entonces que interviene en un hospital... le aconsejó Américo.

—¡No! ¡Nunca! Ex lo dicen que tengo... es lo que más quiero... Lo cuidaré. Segura un tratamiento... No ha de ser nada grave.

—Pero ya creía Mario que en su cerebro se deslizaba un pulpo y que los tentáculos querían romper la débil corteza del cráneo.

Los ojos de Cristina se llenaron de lágrimas y besó la boca enferma de Mario, en un arrebato de amor y de desesperación.

Mario vio sólo una llama de fuego.

★

Preparaba abonos para las verduras, trataba de divertir a la chiquita enferma haciendo unos aparatos de papel que se enrollaban al soplarlos.

Era la paz. Era también la calma de los vegetales, el brillo sereno del agua que contribuía a hacer que fuese aquel lugar.

Las lunas se encendían en los árboles, parecían serpientes deslizándose. Los alamos, los álces y los sauces milenarios, entre el silencio maravilloso de las tardes soleadas eran también felices contemplados.

Cristina se burlaba de él porque no conocía el nombre de las flores y no sabía distinguir una planta de las otras.

—Nunca me fijé en las flores —confesaba Mario—, ni supe distinguir las plantas. Era, por ejemplo —añadió señalando una— no sé si es una planta de nabo o de repollo.

Cristina se reía a carcajadas. Al principio se sintió impresionada por Mario, lo vio sombrio y triste; pero después cuando supo

[illegible]

para evitar el mal respirar, se creaba de por sí. Un hombre, Schenck, por su encía con saliva, bajo la que se apo-

El medicamento causaba náuseas. El productor en una reciente entrevista con un animal se caía. El veneno se respiraba. La transpiración. En maceas y en maceas. A falta de una respuesta dentro de la tienda quiere haya seguido

El terror que a los hombres animal no puede no lo es me que produce no.

Los, como lo es, Phalinx. El sapo emite, entera de su boca. Como un animal. No se puede decir, no.

estando des-
las salivares,
podría produ-
eno es llama-
proviene es llama-
es el anillo,
erte bajo el
comprensión
irritación.
para matar o
re, se calen-
el venenoso
una decena de
dosis, la in-
del zapo clerical,
Ninguno
o del sirvien-
a quien le
siento el alco-
beber alcohol
las pieles
spués de esa
ba tranquila-
el sillón del
sal, ni el ven-
esencial para
r peligro, a
one de medio
roducirlo en
ostand

no, tenía ri-
le decía a
es que pue-
argentinas:
a mina y tra-
esta forma",
que el asun-
nana siguen-
aparecía el
lido pero con
anchaditos en
o táctico del
tenía precio.
de eso, reco-
onde tocaban

decía en un
aventurero,
elegía —

Al retirarse, una sonrisa imperceptible de satisfacción se diluía en sus labios finos de conquistador, porque en ese amor iba también indirectamente aprendiendo él, con el treinta y

decía casi
— ¿bailare-
raba entonces
y como dan
las últimas
insy en el mo-
mentar a ca-
misa al mucha-
canta a salir a
ando lo acon-
e y no la ha-
ba el tango.

argot, el mu-
ber a Sardi-
menores del
quiera le daba
asunto estaba
ta manera de
ifias había en
na había en.
habla que so-
el muchache
beso en la
anta, Sardiña,
cualquiera,
co o la mesa

el treinta y
el sport.

te prendido él, con el treinta y cinco por ciento del sport.

ALOR tropical, lista earenta y dos grados centígrados a la sombra. El sol en el solsticio perpendiculariza los rayos del sol tumbos. Las copas superiores de la atmósfera difieren de las inferiores. El aire hace de transparente reverbero, y las cosas se ven como pesadilla de los temblor apenas perceptible. La tierra acremula colinas a miles y miles y en las cumbres de piedras azules, en las ve redas de fajinas, se tiende a veces en sucesión de traslados sobre arroyos resacaes, Descensos, lo que es asombrar de la humedad. La alta temperatura persistente desde la hora central hasta más o menos las tres pasado mediodía, infiltra una densidad y un aqueño de clima africano. Cielos seros de región monfiosa, cubalibre, poco trenuende.

La pesquesa ciudad provinciana que cuadrara en el valle el español conquistador, se amodora en el fuego y en la ceniza de la hora. Las construcciones, que en el momento de la

lars, no creyó que della precu- porie, cuando aun era tiempo. Hombre como talado en ma- nera dura de algarrobo, no com- prende lo que le pasa. Es algar- robo como pana en las cumbas. Pero de donde, si no está a mucha altura. El aire, qumbe- ro, muestra con dificultad en el amplio receptáculo de sus pul- mones. No obstante, el cuerpo- do, el cuerpo trece en ve- rades al golpeo persistente da la vida a todo alboroto, arrastan- do con bravura el espíritu del dafio. Y el alma, no ha de ver- dades lo que sucede, y Loreto no ha llamado; fingiendo dor- mir, judas; con lentitud aso- cial y se extra; no quiere suavizarse, salvajemente, en la esmeranza de recuperarse. El corazón lo falta, descompo- na sus latidos en el pecho. Lo- reto crece escuchar un relam- bo en la cabeza y entoma los párpados sobre las pupilas al- tucadas.

Al fin comprende toda la va- riación. Ya a morir allá el vicario. Heroico, voluntarioso, el acce-

